

NÚM. 5.

15 MARZO 1888

AÑO IV.

DEL TOMO VI.

NÚMERO 55.

REVISTA
DE
VIZCAYA.



DIRECTOR
VICENTE DE ARANA

SUMARIO

EL CUARTO PODER, por Armando Palacio Valdés.
INTERVIEW, por G. A.

Carta del P. la Fuente, acerca de la muerte y vida del
insigne historiador nabarro P. Moret.

BULAS ORIGINALES DEL SIGLO XIII, EN EL
ARCHIVO DE LA DIPUTACION DE NABARRA, por
Leon Cadier.

LAS PALABRAS BASCONGADAS ill, illargi, illun
etc., por el Príncipe L. L. Bonaparte.

ESTUDIOS FOLKLÓRICOS (conclusion), por Vicen-
te de Arana,

CRÓNICA LOCAL, por Jocundo de Gatika,

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.



% cent. de peseta

ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya

- | | |
|--------------------------------------|---|
| D. Alfredo <i>Alvarez</i> . | D. Julio de <i>Lazártegui</i> . |
| » Federico de <i>Areitio</i> . | » José M. ^a de <i>Lizana</i> , Marqués
de Casa-Torre. |
| » Ricardo <i>Becerro de Bengoa</i> . | » Marcial <i>Martinez</i> . |
| » Arturo <i>Campion</i> . | » Ismael de <i>Olea</i> . |
| » Eduardo <i>Delmas</i> . | » Fidel de <i>Sagarmínaga</i> . |
| » Juan Ernesto <i>Delmas</i> . | » Antonio de <i>Trueba</i> . |
| » Julio <i>Enciso</i> . | » Miguel de <i>Unamuno</i> . |
| » Benito de <i>Goldaracena</i> . | » Camilo de <i>Villavaso</i> . |



NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Revista** corresponderá á los autores.*

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*.



EL CUARTO PODER

CAPÍTULO PRIMERO



Se levanta el telon, por esta vez sin metáfora



EN Sarrió, villa famosa, bañada por el mar Cantábrico, existía hace algunos años un teatro no limpio, no claro, no cómodo, pero que servía cumplidamente para solazar en las largas noches de invierno à sus pacíficos è industriosos moradores. Estaba construido, como casi todos, en forma de herradura. Constaba de dos pisos à más del bajo; en el primero los palcos, así llamados Dios sabe por qué, pues no eran otra cosa que unos bancos rellenos de pelote y forrados de franela encarnada colocados en torno del antepecho: para sentarse en ellos era forzoso empujar el respaldo, que tenía visagras de trecho en trecho, y levantar al propio tiempo el asiento: una vez dentro se dejaba caer otra vez el asiento, se volvía el respaldo à su sitio y se acomodaba la persona del peor modo que puede estar criatura humana fuera del potro de tormento. En el segundo piso bullía, gritaba, coceaba y relinchaba toda la chus-

ma del pueblo sin diferencia de clases, lo mismo el marinero de altura que el que pescaba muergos en la bahía ó el peon de descarga; la seña Amalia la revendedora igual que las que acarreaban «el fresco» á la capital; llamábase á aquel recinto «la cazuela.» Las lunetas eran del mismo aborrecible pelote que los palcos y el forro debió ser tambien del mismo color aunque no podía saberse con certeza. Detras de ellas había, á la antigua usanza, un patio para ciertos menestrales que por su edad, su categoría de maestros ú otra circunstancia cualquiera repugnaban subir á la cazuela y juntarse á la turba alborotadora. Del techo pendía una araña, cuajada de pedacitos de vidrio en forma prismática, con luces de aceite: más adelante se sustituyó éste con petróleo, pero yo no alcancé á ver tal reforma. Debajo de la escalera que conducía á los palcos había un nicho cerrado con persiana que llamaban el palco de D. Mateo. De este D. Mateo ya hablaremos más adelante.

Pues ha de saberse que en tal lacería de teatro se representaban los mismos dramas y comedias que en el del Príncipe y se cantaban las óperas que en la Scala de Milán ¿Parece mentira, eh? Pues nada más cierto. Allí ha oído por vez primera el narrador de esta historia aquellas famosas coplas:

Si oyes contar de un náufrago la historia
Ya que en la tierra hasta el amor se olvida.....

Por cierto que le parecían excelentes y el teatro una maravilla de lujo y de buen gusto. Todo en el mundo depende de la imaginación. Ojalá la tuviese tan viva y tan fresca como entonces para entretenerles á ustedes agradablemente algunas horas. Tambien ha visto el *D. Juan Tenorio*; y sus difuntos untados de harina de trigo, su comendador filtrándose por una puerta atada con cuerdas, su infierno de espíritu de vino y su apoteosis de papel de forro de baúles le impresionaron de tal modo que aquella noche no pudo dormir.

En la sala pasaba, poco más ó ménos, lo mismo que en los más suntuosos teatros de la Corte. No obstante, por regla general se atendia más al espectáculo que en éstos: por que aun no habiamos llegado á ese grado superior de perfeccionamiento, mediante el cual las acciones deben formar grato contraste con el lugar donde se ejecutan; verbi-gracia, charlar en los teatros, reirse y retozar en las iglesias, ir graves, y silenciosos, y patéticos en el paseo,

como sucede, afortunadamente, en Madrid. Ignoro si en Sarrió han subido ya á la hora presente este peldaño de la civilizacion.

Ni se crea que faltaban por eso algunos espíritus lúcidos que se adelantaban á su época y presentían lo que había de ser el teatro andando el tiempo. Pablito Belinchon era uno de ellos. Tenía abonado siempre, en compañía de otros tres ó cuatro amigos, el palco de proscenio, y desde allí dirigía la palabra á otros señores de más edad, abonados en el palco de enfrente; se decían cuchufletas, se burlaban de la tiple ó del bajo, y se tiraban caramelos y saetas de papel. Por cierto que el público de las lunetas, ajeno todavía á estos refinamientos de la Civilizacion, solía hacerles callar bárbaramente con un enérgico chicheo. Las familias más importantes acostumbraban á entrar en aquellos palcos fementidos despues de abierto el telon, con la misma solemnidad que si penetrasen en una platea del Teatro Real, y por de contado con mucho más ruido: no es posible figurarse bien el horrisono traquido que daba aquel respaldo al ser empujado y aquel asiento al dejarlo caer con ánimo de llamar la atencion.

Digalo sinó la familia que en este momento hace su entrada triunfal en uno de ellos y permanece en pié despojándose de los abrigos, mientras los espectadores divierten por un instante la vista de la escena y la fijan en ellos, hasta que se sientan. Son los señores de Belinchón. El jefe de la familia, D. Rosendo, es un caballero alto, enjuto, doblado por el espinazo, calvo por la coronilla, de ojos pequeños y hundidos, boca grande, que se contraía con una sonrisa mefistofélica, dejando ver dos filas de dientes largos é iguales, la obra más acabada de cierto dentista establecido hacia pocos meses en Sarrió: gasta patillas cortas y bigote, y representa unos sesenta años de edad. Está reputado por el primer comerciante de la villa y uno de los primeros importadores de bacalao de la costa cantábrica. Durante muchos años monopolizó enteramente la venta por mayor de este artículo, no sólo en la villa, sino en toda la provincia, y gracias á ello había granjeado una fortuna considerable. Su esposa, doña Paula... ¿Pero por qué se despierta tal y tan prolonga lo rumor en el teatro á su aparicion? La buena señora, al escucharlo, queda temblorosa y confusa, no acierta á desembarazarse del abrigo, y su hija Cecilia se vé obligada á quitárselo y á decirle al oído:—Siéntate, mamá! Se sienta, ó por mejor decir, se deja caer sobre el banco y pasea una mirada extra-

viada por el público, mientras sus mejillas se tiñen de vivo carmin. En vano se abanica con brio y procura serenarse; nada: cuantos más esfuerzos hace por alejar la sangre tumultuosa del rostro, más empeño pone la maldita en ocupar aquel lugar visible.

—¡Mamá, qué colorada estás!— le dice Venturita, su hija menor pugnando para no reir.

La madre la mira con expresión de angustia.

—Calla, Ventura, calla—dice Cecilia.

Doña Paula, animada con estas palabras, murmura:

—Esta chiquilla no goza sino en avergonzarme.

Y estuvo á punto de enternecerse y llorar.

Al fin, el público se cansó de atormentarla con sus miradas, sonrisas y murmullos, y fijó de nuevo su atención en la escena. La congoja de Doña Paula fué cesando poco á poco; pero quedaron restos de ella por toda la noche.

La causa de aquel incidente era el abrigo de terciopelo guarnecido de pieles que la buena señora se había puesto. Siempre que estrenaba alguna prenda de apariencia brillante, sucedía lo mismo. Y esto no por otra cosa más que porque Doña Paula no era señora de nacimiento. Procedía de la clase de cigarreras. D. Rosendo había tenido amores con ella siendo casi una niña, de los cuales nació Pablito. Así y todo, D. Rosendo estuvo cinco ó seis años sin casarse ni querer oír hablar de matrimonio; pero visitándola en su casa y asistiéndola con dinero. Hasta que al fin, vencido más por el amor del hijo que el de la madre, y más que por todo esto, por las amonestaciones de sus amigos, se decidió á entregar su oscura mano á Paulina. La poblacion no supo del matrimonio hasta después de efectuado: tal sigilo se guardó para llevarlo á cabo. Desde entonces la vida de la cigarrera puede dividirse en varias épocas importantes: la primera, que dura un año, comprende desde el matrimonio hasta «la mantilla de velo.» Durante este tiempo, la señora de Belinchón no se mostró poco ni mucho en público; los domingos iba á misa de alba y se encerraba otra vez en casa. Cuando se decidió á ponerse la antedicha mantilla é ir á misa de once, lo mismo en la iglesia que en las calles del tránsito, la acribillaron á miradas, y se habló del suceso por más de ocho dias. El segundo periodo, que dura tres años, comprende desde «la mantilla de velo» hasta «los guantes.» La vista de tal ornamento en las manos grandes y coloradas de la ex-ciga-

rera, produjo una excitacion indescriptible en el elemento femenino del vecindario; en las calles, en la iglesia, en las visitas, las señoras se saludaban preguntando: —¿Ha visto V?...—Sí, sí, ya he visto.—Y comenzaba el desuello. Viene después el tercer periodo que dura cuatro años, y termina en «el vestido de seda,» que dió casi tanto que murmurar como los guantes, y produjo general indignacion en Sarrió.—Diga usted, Doña Dolores, ¿qué nos queda ya que ver?—Doña Dolores bajaba los ojos haciendo un gesto de resignacion. Por último, el cuarto periodo, el más largo de todos porque dura seis años, termina, ¡oh escándalo! con «el sombrero.» Nadie puede representarse el estremecimiento de asombro que invadió á la villa de Sarrió cuando cierta tarde de feria se presentó Doña Paula en el paseo con sombrero-capota. Fué un verdadero motín. Las mujeres del pueblo se santiguaban al verla pasar y pronunciaban comentarios en alta voz para que los oyese la interesada.

—¡Mujer, mira por tu vida á la Serena que gabarra lleva sobre la cabeza!

Porque hay que advertir que á la madre de Doña Paula, la llamaban la Serena, y á la abuela y á la bisabuela tambien.

Excusado es añadir que desde que la cigarrera subió á la categoría de señora, ni por casualidad la dieron ya su nombre propio.

Al día siguiente, al tropezarse las señoras de Sarrió en la calle, no encontrando palabras con que expresar su horror, se daban por contentas con elevar los ojos al cielo, agitar los brazos convulsivamente y pasar de largo murmurando: «¡¡¡Sombrero!!!»

Ante aquel golpe de audacia que no tiene pareja sino en los de algunos héroes de la antigüedad, Aníbal, César, Gengis-kan, la villa quedó muda y abatida algunos meses. No obstante, cada vez que la buena de Doña Paula aparecía en público con el abominable sombrero en la cabeza ó con cualquier otra prenda propia de su alta jerarquía, era saludada siempre con un murmullo de reprobacion. Y lo original del caso estaba en que ella no protestaba ni en público ni en secreto, ni aun en lo sagrado de la conciencia, contra este proceder malévolo de su pueblo natal: juzgábalo natural y lógico; no se le ocurría pensar que pudiera ser de otro modo; sus ideas sociológicas no le aconsejaban todavía revelarse contra el fallo de la opinion pública. Creía de buena fè que al ponerse los guantes ó el abrigo de pieles ó el sombrero, cometía un acto

reprobado por las leyes divinas y humanas; los murmullos, las miradas burlonas, eran el castigo necesario de esta infracción. De aquí sus temores y congostas cada vez que iba á presentarse en el teatro ó en el paseo, y el rubor que la acometía.

¿Por qué entonces, se me dirá, Doña Paula se vestía de este modo? No serán muy concedores del corazón humano los que tal pregunten. Doña Paula se ponía el sombrero y los guantes á sabiendas de que iba á pasar un mal rato, como un chico abre el aparador y se atraca de dulce á sabiendas de que enseguida le han de azotar. Los que no se hayan criado en un pueblo, nunca sabrán cuán apetitosa golosina es el sombrero para una artesana.

Era Doña Paula, alta, seca, desgarbada. Cuando jóven había sido buena moza, pero los años, la clausura continua, á la que no estaba avezada, y sobre todo, la lucha que venía sosteniendo con el público para establecer su jerarquía, la habían marchitado antes de tiempo. Todavía conservaba hermosos ojos negros encajados en un rostro de correctas y agradables facciones.

El acto primero tocaba á su fin: se representaba un melodrama fantástico, cuyo nombre no recordamos, donde la compañía había desplegado todo el aparato escénico de que podía disponer. La cazuela estaba asombrada, y acogía cada cambio de decoración con estrepitosos aplausos. Pablito Belinchón, que había pasado en Madrid un mes el año anterior, se reía con incontestable superioridad de aquel aparato y hacía guiños inteligentes á los del proscenio de enfrente. Y para demostrar que todo aquello le aburría, concluyó por volverse de espaldas al escenario y mirar con los gemelos á las bellezas locales. Cada vez que los preciosos anteojos de piel de Rusia apuntaban á una, la muchacha sufría un leve estremecimiento, cambiaba de postura, llevaba la mano un poco trémula al pelo para arreglarlo, sonreía á su mamá ó á su hermana sin razón alguna, se ponía seria de nuevo y fijaba con insistencia y decisión sus ojos en la escena; pero al instante los levantaba rápida y tímidamente hacía aquellos redondos y brillantes cristales que la ofuscaban: al fin concluía por ruborizarse. Pablito, satisfecho, apuntaba á otra belleza. Las conocía como si fuesen sus hermanas, tuteaba á la mayor y arte de ellas y de muchas había sido novio: pero la pluma en el aire no era mas móbile y tornadiza que él en materia de amores; todas habían tenido que sufrir algún doloroso desengaño; últimamente, hastiado de enamorar á sus convecinas, se había dedicado

á fascinar á cuantas forasteras llegaban á Sarrió, para abandonarlas, por supuesto, si cometian la torpeza de permanecer en la villa más de un mes ó dos.

Habia razones poderosas para que Pablito pudiese disponer á su buen talante del corazon de todas las jóvenes indigenas y aun de las extrañas. Era un apuestísimo mancebo de veinticuatro, ó veinticinco años, de rostro hermoso y varonil, de figura gallarda y elegante; montaba á caballo admirablemente y guiaba un tilbury ó un carruaje de cuatro caballos, lo cual nadie sabia hacer en Sarrió más que los cocheros. Cuando se llevaban los pantalones anchos, los de Pablito parecian sayas; si estrechos, era una cigüeña: venia la moda de los cuellos altos, nuestro Pablito iba por la calle á medio ahorcar con la lengua fuera: estilábase bajos, pues enseñaba hasta el esternon.

Estas y otras facultades eminentes hacianle, con razon, invencible. Quizas algunos no hallen enteramente justificada la dictadura amorosa de nuestro mancebo en Sarrió; pero estamos seguros de que las jóvenes de provincia que lean la presente historia la juzgaran lógica y verosímil.

Cuando bajó el telon, un anciano encorvado, con luenga barba blanca y gafas, se acercó arrastrándose más que andando al palco de los de Belinchón.

—¡D. Mateo! Imposible que V. faltase— exclamó Doña Paula.

—¿Pues qué quiere V. que haga en casa, Paulina?

—Rezar el rosario y acostarse—dijo Venturita.

D. Mateo sonrió con dulzura, y contestó á aquella impertinencia dando á la niña una palmadita cariñosa en el rostro.

—Es verdad que debiera hacer eso hija mia... ¿pero que quieres? si me acuesto temprano no duermo... y luego no puedo resistir á la tentacion de ver estas caritas tan lindas...

^ Venturita hizo un mohín desdeñoso donde se traslucia la satisfaccion de verse requebrada.

—¡Si fuera V. siquiera un pollo guapo!

—Lo he sido.

—¿El año de cuántos?...

—¡Qué mala, qué mala es esta chiquilla!—exclamó D. Mateo riendo y acometiéndole acto continuo un golpe de tos que le embargó la respiracion algunos momentos.

D. Mateo, anciano decrépito, no sólo estropeado por los años,

sino por multitud de achaques adquiridos por una vida harto disipada, era la alegría de la villa de Sarrió. Ninguna fiesta, ningun regocijo público ó privado se efectuaba en el pueblo sin su intervencion. Era presidente del Liceo, sociedad de baile, desde hacía muchos años, y nadie pensaba en sustituirlo por otro; presidía tambien una academia de música de la cual era fundador: era vocal tesorero del Casino de artesanos; la reedificacion del teatro donde nos hallamos á él se debía, y para recompensarle de sus molestias y desembolsos, el Ayuntamiento le habia permitido labrar en el hueco de la escalera el palco cerrado con persiana de que ya hemos hablado. Vivía de su retiro de coronel, estaba casado y tenía una hija de treinta y tantos años á quien seguia llamando «la niña.»

Ni se crea por esto que D. Mateo era un viejo verde. Si lo fuese, el sexo femenino no le demostraria tanta simpatia, ni le guardaría respeto alguno. Su único placer era ver divertidos á los demás, que la alegría reinase en torno suyo; para conseguirlo, hacía esfuerzos increíbles de habilidad, y se molestaba lo indecible. Su imaginacion, puesta al servicio de tal idea, no descansaba un instante: unas veces era un baile campestre el que organizaba; otra vez hacia construir un escenario en el salon del Liceo, y ensayaba alguna comedia; otras, contratava compañías de saltimbanquis ó de músicos. En cuanto se pasaban ocho dias sin que los vecinos de Sarrió se recreasen de algun modo, ya estaba nuestro D. Mateo violento y nervioso, y no paraba hasta lograrlo. Gracias á él, podemos asegurar que no habia pueblo en España, en aquella época, donde la vida fuese más facil y agradable.

Porque los honestos recreos que sin cesar se repetían, engendraban la unión y hermandad en el vecindario. Además, D. Mateo, elemento conciliador por excelencia, formaba gran empeño en destruir todas las malquerencias y rencores que en el pueblo existiesen; al contrario de ciertos seres viles que se complacen en transmitir el veneno de la murmuracion, D. Mateo tenia gusto en ir repitiendo á cada cual lo bueno que de él dijiesen lo demás:— «Pepita, ¿sabe V. lo que acaba de decirme Doña Rosario del vestido que V. lleva?... que es elegantísimo, muy sencillo y de mucho gusto.» Pepita se esponjaba en su palco, y dirigía una mirada de ternura á Doña Rosario, á pesar de que nunca le habia sido simpática.—Buen negocio ha hecho V. en la partida de cacao de la

viuda è hijos de Villamor, amigo D. Eugenio.—Phs; regular.—En este momento me acaba de decir D. Rosendo que ese negocio se le ha escapado à èl de las manos por tonto.» Como D. Rosendo pasa por el primer comerciante de la villa, D. Eugenio no puede menos de sentirse lisonjeado por estas palabras.

Despues de haber charlado algunos instantes con la familia Belinchón, D. Mateo se despide para recorrer todos los palcos, como tenía por costumbre; pero antes dice, dirigiéndose á Cecilia:

—¿Cuándo llega?

La jóven se puso levemente encendida.

—No sè decir à V. D. Mateo...

Doña Paula sonrió con malicia, y vino en auxilio de su hija.

—Debe llegar en la *Bella-Paula*, que ha salido ya de Liverpool.

—Oh, entonces aquí lo tenemos mañana ó pasado... ¿Habrás rezado mucho á la Virgen de las Tormentas, verdad?

—¡Una novena nada menos la ha hecho! Hace días que están seis cirios ardiendo delante de la imagen—dijo Venturita.

Cecilia se puso aun mas colorada y sonrió. Era una jóven de veintidos años, no agraciada de rostro ni gallarda de figura; lo que mas desconcertaba la armonía de aquél, era la nariz excesivamente aguileña. Sin esta tacha quizá no habría sido fea, porque los ojos eran extremadamente lindos, tan suaves y expresivos, que pocas bellezas podían gloriarse de poseerlos tales. Ni alta ni baja, pero el talle desgarbado y los hombros un tanto encogidos. Su hermana Ventura tenía dieciseis años, y aparecía como un hermoso pimpollo, lleno de gracia y alegría: su rostro ovalado parecia hecho de rosas y claveles; apretadita de carnes y pequeña de estatura; tan sabiamente proporcionada por la naturaleza, que parecia modelada en cera; sus manos eran jazmines y sus piés de criolla, celebrados en Sarrió como nunca vistos; la suavidad y tersura de su cutis, vencían á las del nácar y alabastro: sobre la frente, alta y estrecha como las de las venus griegas, de un blanco argentino, caían los bucles de sus cabellos rubios, cuya madeja, tan espesa como dócil y brillante, le tapaba enteramente la espalda hasta mas abajo de la cintura.

—¡Burlate de tu hermana, picarilla; no tardarás en hacer lo mismo!

—¿Yo rezar por un hombre? V. chochea, D. Mateo.

—Ya me lo dirás dentro de poco—repuso el anciano pasando á otro palco á saludar á los señores de Maza.

En esto se acercó Pablito al de sus papàs, trayendo en su compañía á un fiel amigo que merece especial mencion. Era hijo del picador que había en el pueblo y mozo que por su figura podía ser el regocijo de los espectadores en un circo de acróbatas. Nada necesitaba añadir á su persona, ni polvos de harina, ni bermellón, ni tizne para quedar convertido en *clown*: era un payaso «al natural.» Su nariz vivamente coloreada ya por la naturaleza, sus ojos torcidos, la ausencia de pestañas, su boca de lobo, la disparatada anchura de sus hombros, el arco de sus piernas y, sobre todo, las muecas grotescas con que se acompaña al hablar ó gruñir, provocan la risa, sin más pelucas y afeites. Bien lo sabía Piscis (que así se llamaba ó le llamaban) y de ello estaba fuertemente pesaroso y hasta indignado: para contrarestar estas nativas disposiciones cómicas de su rostro, había determinado no reírse jamás, y cumplía su promesa religiosamente: además, para el mismo efecto acostumbraba sabiamente á entreverar sus palabras con las más ásperas y temerosas interjecciones del repertorio nacional, y varias de su invención particular. Pero esto, en vez de producir el efecto apetecido, contribuía á despertar la alegría entre sus conocidos.

El único que hasta cierto punto le tomaba en serio era Pablito. Piscis y Pablito habían nacido para amarse y admirarse: el punto de conjuncion de estos dos astros era el género ecuestre. Piscis, adiestrado por su padre desde niño, era el mejor jinete de Sarriò; por consiguiente, para Pablito la persona más digna de ser admirada. El hijo de D. Rosendo era el chico más rico de la poblacion: para Piscis, debía de ser, claro está, lo más respetable y digno de veneracion que había sobre el planeta. Nadie sabia á qué época se remontaba esta amistad; se había visto á Pablito y Piscis eternamente juntos, cuando niños; ya hombres no fué parte á separarlos la diversa posicion social que ocupaban. El lugar de reunion de estos jóvenes notables era constantemente la cuadra de Don Rosendo: desde allí, despues de celebrar siempre una larga y erudita conferencia, frente á los caballos, con parte teórica y parte práctica, salian á pasear su figura y sus profundos conocimientos por la villa, unas veces cabalgando en briosos corceles; otras una linda *charrette*, Pablito guiando, Piscis á su lado fijo y absorto

en la contemplacion amorosa de los traseros de los caballos; algunas tambien, para dar ejemplo de humildad, caminando sobre las propias piernas.

Pablo se acercó á su familia, retorciéndose de risa.

—¿Qué te ha pasado?—le pregunta Doña Paula, sonriendo tambien.

—Hemos seguido á Periquito á la cazuela y le encontramos mano á mano con Ramona—dijo el jóven, acercando la boca al oido de su hermana Ventura.

—¿Sí?... ¿Qué le decía?—preguntó esta con gran curiosidad.

—Pues le decía... (una avenida de risa le interrumpió por algunos momentos). Le decía... «Ramona te amo.»

—¡Ave María! ¡A una sardinera!—exclamó la niña riendo tambien y haciéndose cruces.

—¡Si vieras con qué voz temblorosa lo decía, y cómo ponía los ojos en blanco!... Aquí está Piscis, que tambien lo oyó...

Piscis dejó escapar un gruñido corroborante.

En aquel momento, Periquito, que era un muchacho pálido y enteco, de ojos azules y poca y rala barba rubia, apareció en las lunetas. Las miradas de toda la familia Belinchón se clavaron en él sonrientes y burlonas; sobre todo Pablo y Venturita se mostraban grandemente regocijados á su vista. Periquito levantó la cabeza y saludó: la familia Belinchón contestó al saludo sin dejar de reir. Tornó á levantar la cabeza otras dos ó tres veces y viendo aquellas insistentes sonrisas, se sintió molestado y salió al pasillo.

Levantóse nuevamente el telon. La decoracion representaba una cavernas del infierno, aunque no era imposible que alguien creyese que se trataba de la bodega de un barco. El acto comenzaba por un prelude de la orquesta, dignamente dirigida por el Sr. Anselmo, ebanista de la villa. Figuraban en ella como bombardinos el Sr. Matias, el sacristan, y el Sr. Manolo (barbero); como clarines; D. Juan el Salado (escribiente del Ayuntamiento), y Próspero (carpintero); como trompas *Mechacan* (zapatero) y el Sr. Romualdo (enterrador); como cornetines Pepe de la Esguila (albañil) y Maroto (sereno); como figle, el Sr. Benito el Rato (escribiente de una casa de comercio y figle de la iglesia). Habia otros cuatro ó cinco muchachos aprendices, que acompañaban. El Sr. Anselmo, en vez de batuta, tenía en la mano para dirigir una enorme llave reluciente, que era la de su taller.

El preludeo era muy triste y temeroso; como que estãbamos en el infierno. El público guardaba absoluto silencio y esperaba con ansia lo que iba à salir de alli, clavados los ojos en las trampas abiertas en el suelo del escenario. De pronto, de aquella música suave y misteriosa salió un trompetazo desafinado. El Sr. Anselmo se volvió y dirigió una mirada de reprension al músico, que se puso colorado hasta las orejas; hubo en el público fuerte y prolongado murmullo. De la cazuela salió entonces una voz que gritó:

—Fué Pepe de la Esguila.

Las miradas del público se dirigieron hácia este menestral, que se hizo el distraído sacando la boquilla del cornetin y sacudiéndola; pero estaba cada vez más colorado.

—Si no sabe tocar que se vaya à la cama—gritó la misma voz.

Entonces el corrido y avergonzado Pepe de la Esguila montó en cólera de pronto, dejó el instrumento en el suelo y alzándose del asiento con los ojos encendidos y agitando los puños frente à la cazuela, gritó:

—¡Ya te arreglaré en cuanto salgamos, Percebe!

—¡Chis, chis! ¡Silencio, silencio!—exclamó todo el público.

—¡Qué has de arreglar, morral! Anda adelante y toca mejor la trompeta.

—¡Silencio, silencio! ¡Qué escàndalo!--volvió à exclamar el público.

Y todos los ojos se volvieron hácia el palco del alcalde.

Era éste un hombre de sesenta à setenta años, bajo de estatura y muy subido de color, el pelo bien conservado y enteramente blanco, las mejillas rasuradas, la nariz borbónica, los ojos grandes, redondos y saltones. Parecia un cortesano de Luis XV ó un cochero de casa grande.

Don Roque, que asi se llamaba, se revolvió en el asiento y dió una voz.

—¡Marcones!

Un alguacil octogenario se acercó al respaldo del palco con la gorra azul de grande visera charolada en la mano. El alcalde conferenció con él algunos momentos y Marcones subió à la cazuela bajando poco después con un jôven en traje de marinero, agarrado del brazo. Ambos se acercaron al palco presidencial.

D. Roque comenzó à increparle, procurando apagar la voz y consiguiéndolo à medias. Se oía de vez en cuando:—«¡Zopenco!»..., «no taneis pizca de educacion».... «animal de bellota»..... «¿te figu-

ras que estas en la taberna?» El marinero aguantaba la rociada con los ojos en el suelo.

Una voz gritó desde el patio:

—Que lo lleven á la carcel.

Pero desde la cazuela contestó otra al instante:

—Que lleven tambien á Pepe de la Esguila.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El alcalde, despues de haber reprendido y amenazado ásperamente á Percebe, le dejó volver otra vez á su sitio, con gran satisfacion de la cazuela, que lo recibió con hurras y aplausos.

La orquesta callada un instante, tornó á su infernal prelude; y antes que éste se terminase, comenzaron á salir por las trampas del escenario hasta una docena de diablos con sendas y enormes pelucas de estopa, el rabo de etiqueta y teas encendidas en las manos. Asi como se h illaron sobre el entarimado y cerradas convenientemente las trampas, dieron comienzo, como es lógico, á una danza fantástica; pues bien sabido es de antiguo que no pueden estar juntos cuatro demonios sin entregarse con furor al baile. Los espectadores seguian con extremada curiosidad sus vivos y acompasados movimientos. Un chiquillo lloró: el público obligó á su madre á que lo sacase.

Mas héte aquí que con tanto ir y venir, pasar y rozarse los ministros de Belcebú en aquel no muy amplio recinto, una tea llegó á prender fuego á la peluca de uno de ellos. El pobre diablo, sin dars cuenta de ello, siguió bailando cada vez con más infernal arrebato. El público reía á carcajadas esperando el próximo desenlace de aquel incidente. En efecto, cuando sintió caliente la cabeza más de la cuenta del espíritu maligno, se apresuró á arrancarse la peluca y la careta, quedando al descubierto el rostro de Levita, donde se pintaba el terror.

—¡Levita!—gritó el público alborozado.

El granuja que tenia este apodo, privado de sus atributos infernales, confuso y avergonzado, se retiró de la escena.

Al poco rato empezó á arder otra peluca. Nuevos murmullos y mayor ansiedad por ver la metempsicosis de aquel ángel exterminador. No se hizo esperar; al cabo de pocos minutos la peluca y la careta rodaban por el aire como un encendido cometa.

—¡Matalaos!—gritaron todos. Una inmensa carcajada sonó en el teatro.

—Mátala, no te descubras que te vas á constipar—dijo uno desde la cazuela.

Matalaosa se retiró avergonzado como su compañero Levita.

Todavía ardieron otras dos ó tres pelucas, poniendo á la vergüenza á otros tantos pillastres de la calle que servían de comparsas en el teatro. El baile se terminó al fin sin más incendios.

Una vez sepultados de nuevo en el Averno los demonios que se habian salvado de la quema, se presentaron en la escena un gallardo mancebo, de oficio pastor, á juzgar por la pellica que le tapaba la espalda, y una hermosa doncella de idéntica profesion; los cuales, en el mismo punto, siguiendo el antiguo precepto que obliga á todo pastor á estar enamorado y á toda pastora á mostrarse esquiva, comenzaron su diálogo, donde las quejas amorosas y los tiernos lamentos de él contrastaban con las indiferentes carcajadas de ella.

Alegres y regocijados se hallaban todos, lo mismo los del patio que los de la cazuela, con las sabrosas razones que pasaban en la escena, cuando á la puerta del teatro se oyó una gran voz que dijo:

—D. Rosendo, está entrando la *Bella-Paula*.

El efecto que aquel inesperado grito produjo, fué inexplicable. Porque no solo D. Rosendo se levanta como impulsado por un resorte y se apresura con mano trémula á ponerse el abrigo para salir, sino que por todo el concurso se esparció un fuerte rumor acompañado de viva agitacion que estuvo á punto de interrumbir el diálogo pastoril. Los menestrales del patio lanzáronse acto continuo á la calle: de la cazuela bajaron con fuerte traqueteo casi todos los marineros que allí habia; y de los palcos y butacas salieron tambien numerosas personas. A los pocos minutos no quedaban apenas en el teatro más que las mujeres.

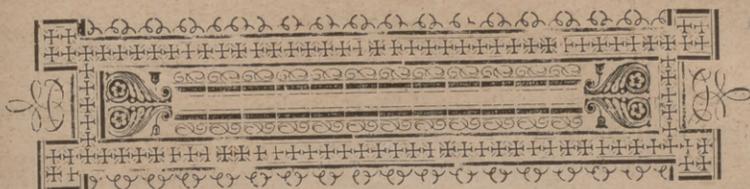
Cecilia se habia quedado inmóvil, pálida, con los ojos clavados en la escena. Su madre y hermana la miraban en tanto con semblante risueño.

—¿Por qué me mirais de ese modo?—exclamó volviéndose de pronto. Y al decir esto se puso fuertemente colorada.

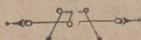
Doña Paula y Venturita soltaron una carcajada.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.





INTERVIEW



(CONCLUSIÓN)

—Aquí me tiene V., mi General; acaso me haya adelantado, pero la curiosidad, el deseo de saber á qué atenerme... En fin, que V. me dispensará, pero aquí me tiene V.

—Francamente, hubiera preferido que V. esperase á oír mis discursos en el Congreso, allí pienso explayarme y resolver todas las dudas; pero ya que V. se empeña, empiece el examen.

—¡Examen, mi General! Vengo á aprender, y precisamente para aprender estoy aquí. Una discusión tranquila, de butaca á butaca, con sus migajas de interrupción y algún dejo de ergotismo, es más provechosa que esos *debates* parlamentarios que suelen parecerse al cuento de la buena pipa. Así, pues, una vez que ya estoy edificado respecto al grado de democracia (en el sentido restringido de igualdad) que tienen las reformas, que igualmente he podido formar mi juicio acerca de su oportunidad y eficacia bajo el punto de vista de nuestra posición internacional, vamos á enterarnos de lo que V. se promete reformar en el ejército como institución interna, como parte de este organismo llamado Estado. Suplicóle

ante todo que me conteste, si gusta, á esta pregunta: ¿Para qué subió V. al Ministerio?

—¡Hombre me gusta la frescura! Pues para hacer esas reformas. ¿O cree V. que no son urgentes, que no es cuestion de vida ó muerte?...

—Un momento. ¿De qué vida ó muerte habla V.? ¿De donde viene el peligro, si no nos reformamos? ¿De afuera ó de dentro? ¿Nos conquistan si no nos enmendamos, ó daremos margen á que algun partido explote por su cuenta el malestar del ejército?

—De todo puede haber, amigo mio; lo más apremiante es, sin duda, el peligro interior; pero á fuerza de desorganizarnos sabo Dios lo que sucederia. Recuerde V. á Polonia.

—Pasó por Polonia, pues estoy decidido á pasar por todo; pero así de pronto, como purga de Benito, ¿la receta á qué la aplicó usted? ¿Corre prisa estar preparados contra el extranjero X, ó lo que se busca es apartar al ejército de la politica á mano armada? ¿Para qué le llamó á V. el Sr. Sagasta, para lo primero ó para lo segundo?

—Para lo último indudablemente; pero una cosa es consecuencia de la otra. Elevemos el nivel técnico del ejército y se elevará su nivel moral; el oficial y el soldado comprenderán sus deberes.

—Permitame V. recordarle, mi General, que antes me decia usted que las reformas eran cuestion de vida ó muerte.

—¿Y qué, no piensa V. lo mismo? ¿Será V. tan ciego que crea que estamos para seguir el ejemplo de Inglaterra, que con una calma desesperante está remendando la maquinaria vieja, y hoy la abolición de la venta de empleos, mañana medidas para contener la desercion, al dia siguiente otras para aumentar los enganches, todo á paso de tortuga, sin que á la fecha su ejército haya perdido la anticuada forma que tenia en la guerra de Crimea? Así está ella alejada de los consejos de Europa y... Pero en fin, y ahora me toca á mí preguntar. ¿Es V. de los que no consideran urgentes las reformas? ¿Cree V. que podemos seguir así un dia más?

—Diablo con la pregunta, mi General; pero ya que está hecha, no quedará sin respuesta. Si se trata de reformar la organizacion técnica, digo que no corre tanta prisa: tenemos un buen cuerpo de Artilleria con excelente material, un cuerpo de Ingenieros á la altura de cualquier otro extranjero, una Infantería adornada de todas sus cualidades tradicionales, y bajo las órdenes de una ofi-

calidad en gran parte jóven, instruida y espermentada; por último, tenemos una Caballería que, si deja algo que desear, no es por faltas imputables à sus jefes, sino por las malas condiciones del país para el fomento de esta arma; resulta, por lo tanto, que nuestros elementos de combate son buenos, y que, en definitiva, lo que se necesita es agruparlos de una manera más militar y permanente, rompiendo con la antigualla de tener Capitanes generales y Gobernadores militares donde nada útil pueden hacer. Respecto à armamento para las reservas (si las hubiera), plazas de guerra y servicios accesorios, claro es que tenemos muy poco; pesa sobre su adquisicion, más que de Guerra, depende de Hacienda. De todo que, si no fuera por ese miedo à los rusos, de que V. me ha contagiado, me atrevería à decir que las reformas de carácter puramente militar podrian, y deberian, llevarse à cabo sin prisa, ó sin necesidad de un reformador unipersonal y omnisciente; siendo encomendadas, por ejemplo à la Junta consultiva de Guerra, la cual habria de empezar por el principio, es decir, por preguntar à los hombres de Estado las circunstancias y condiciones generales, que deberian concurrir en el nuevo organismo militar, y los medios económicos, que la nacion quiera dedicar à su sostenimiento.

—Pues, amigo mio, debe V. vivir en Babia; váyales V. à los militares con el cuento, y ya verá V. cómo le despachan con viento fresco; hasta la misma gente civil conviene en la urgencia de estas reformas.

—La gente civil, mi General, repite lo que oye à los militares, y no siempre se toma el trábajo de entender lo que oye. Precisamente el deber de los militares es esplicarse con claridad. ¿Sospechará nadie que el ejército está tan desmoralizado como la Administracion civil de Cuba? Pues esta Administracion, que ahora ella halla en estudio gracias à las genialidades del General Salamanca, es prima hermana de la de la Peninsula, donde ni los tribunales de justicia, ni las Universidades, ni los Municipios, estan servidos por individuos que conozcan y cumplan sus deberes profesionales mejor que los militares; solamente que las faltas de los militares, como se revelan à tiros, hace mucho ruido; son como los ataques epilépticos, que detienen à los transeuntes en rededor del paciente, mientras que la gente pasa sin fijarse al lado de un tido en quinto grado.

El ejército refleja, y ha reflejado siempre, el estado de la nacion;

le affigen, y le han aflijido, los mismos males que à ésta, sino que los expresa segun su genuina naturaleza. Estos males fueron, hasta la Restauracion, intranquilidad política y pobreza; el primero se ha aliviado notablemente; el segundo sigue en pié. Mientras duró el primero, los sintomas eran el militarismo y la frecuencia de los accesos violentos; hoy el militarismo ha desaparecido, las sublevaciones son insignificantes y el malestar del ejército es comun à todas las clases de la sociedad. Pueden vivir en rigor, y viven bastante satisfechos, los grandes comerciantes, los grandes propietarios, los grandes industriales, los Obispos, los empleados altos y los Generales; pasan las de Cain, para cerrar con tolerable déficit el presupuesto anual, la clase media de todas estas profesiones ó estados sociales desde el tendero al capitán; y viven, ó mejor muéren, al día, los que ocupan los últimos escalones, en que aún se usa levita ó americana de cierto corte. Por eso, concretándonos al ejército, en todas las sublevaciones, desde la Restauracion para acá, no hay más que un Oficial general comprometido, y los jefes y oficiales casi siempre salen de las reservas ó del reemplazo.

Así, pues, VV., los que ocupan las altas posiciones, deberian ser los primeros à extender esta idea; que el ejército no tiene defectos suyos especiales, como se cree generalmente por los paisanos; que el ejército no sufre males especiales, como se cree tambien por los mismos militares.

—¿De modo que segun V., no hay más que decir *rueda la bola?*..

—Nada de eso, mi General; opino, por el contrario, que se debe empujar la bola, y empujarla en buena direccion. Cuando un médico encuentra un enfermo con varios órganos lesionados, empieza por atajar el mal y devolver la salud, la normalidad, al órgano más interesante. El ejército, amparo material del principio de autoridad es un órgano muy esencial; es, digámoslo así, todo el sistema nervioso del Estado. Pero si yo diagnostico anemia en el individuo enfermo, y el desarreglo correspondiente en los nervios, propondré un plan curativo muy distinto, del que V. preconizará, si califica el mal de incapacidad para andar à puñetazos con el vecindario. Y volvemos à las andadas: si V. presume que un día de éstos, convertida España en potencia de primer orden, nos veremos envueltos en esas contiendas europeas, que nada nos importan, comprendo que le enamore el tónico germano, que Francia digiere con dificultad, y que à nosotros nos procuraria un

cólico cerrado; pero si V. tira solamente á que en esta nacion convaleciente, sea el ejército la primera institucion que se restablezca por completo, ni comprendo el método de V., ni lo considero posible, ni puedo perder de vista que la nacion arriesga mucho sin provecho para el ejército. Porque, fijese V. bien en esto, mi General: más que el ferro-carril, más que el armamento perfeccionado, más que el servicio universal obligatorio, ha trasformado el arte de la guerra la revolucion financiera; sólo el dinero, ó lo que es lo mismo, el crédito, ha hecho posible la organizacion militar que nos seduce, y sus grandiosas consecuencias; todo lo que sea pretender crear un ejército sin dinero ó sin crédito nacional, es querer imitar á Prometeo, con la diferencia de que los capitalistas custodian el fuego sagrado mucho mejor que los atrasados dioses del infierno. Por eso la creacion de un ejercito muy numeroso no es cosa de la exclusiva competencia de V.

—Hombre, se me figura que ya hemos convenido en que aquí de lo que se trata es de devolver al ejército la satisfaccion interior, individual y colectiva, en que descansa la disciplina; y para eso lo lógico es volver la vista á los paises donde dicha satisfaccion existe. El ejército aleman, y aun el frances, y todos los demás europeos, no se sublevan; los Gobiernos no tienen esa pesadilla constante; tengamos pues, un ejército á la europea, y de un tiro habremos matado dos pájaros.

—O matará V. al cazador, si pone en sus manos la carabina de Ambrosio. Pero hemos extraviado algo la discusion, y para encauzarla conviene imitar, aunque sea de lejos, la forma escolástica ¿Cuál es la parte esencial de las proyectadas reformas?

—El servicio universal obligatorio; y para abreviar, concederé que lo presento algo adulterado: despues de todo, no trato de ganar patente de demócrata ortodoxo; pero sin el voluntareado, y la redencion para Ultramar, la reforma nacía muerta, y yo quiero que la gallina viva con su pepita, ¡la misma pepita con que vive en la Francia republicana de Boulanger y Clemenceau! Pero ¿me negará V. que levantaré el nivel intelectual y moral del ejército? ¿Me negará V. que realzo su consideracion social?

—¡Pues no lo he de negar! En redondo. En la milicia nacional formaban todas las clases de la sociedad, y ya sabe usted lo que dió de sí. Y la explicacion es muy sencilla. El espíritu de un ejercito no reside en los soldados, elementos pasajeros, que son como

los manjares que entran diariamente en el cuerpo vivo, y salen dejando en él su energia vital, pero muy poca materia, la fuerza plástica, la savia de vida orgánica, está concentrada en su elemento permanente, representado por los oficiales. No soy yo quien dice esto; lo dice Rùchel, un gran militar alemán, de principios del siglo; y con Rùchel todos los activos oficiales del glorioso ejército prusiano repiten hoy: *Der Geist der preussischen Armee sitzt in ihren Offiziers.*

El oficial hace al soldado, no el soldado al oficial; no es el pacífico labrador del Brandeburgo, que, mal sacudidas las mañas del siervo, acude resignado à aprender el oficio, para él repulsivo, de batirse contra sus semejantes, quien infunde, à las huestes del viejo emperador esa fiera confianza, que es la mitad de la victoria cuando se alia con la prudencia; no, esa confianza baja de lo alto; empieza en el Soberano, sigue al gran Estado Mayor, se extiende sin debilitarse, antes creciendo como los grandes rios, por toda una oficialidad noble, considerada y satisfecha; y de esa fuente pura y abundante beben el ciudadano acomodado, el industrial despierto, el aldeano robusto y sobrio, y beben, hasta embriagarse, un patriotismo, que à nosotros nos parecería insípido y acaso insoportable no llevando el aderezo de la igualdad latina, que, buena ó mala, nosotros la necesitamos para vivir. Pero lo que no es exclusivamente alemán, lo que es de todos los tiempos y de todos los paises, es que los de abajo no hacen à los de arriba, y mucho menos en el ejército, donde la obediencia pasiva apaga el espíritu de critica, donde la disciplina, en su concepto restringido de respeto à los de mayor grado, contraría toda influencia del inferior sobre el superior. Ahora bien; yo veo que el servicio universal obligatorio tiende, nada más que tiende, ¿estamos?, à traer à las filas un soldado de superior calidad moral, y hasta si V. quiere física; pero no veo que mejore el otro elemento; y entonces en vez de correr el agua hácia abajo, vamos à ver el milagro de que corra hacia arriba. Me dirá V. que todo se andarà; pero convenga usted en que siendo urgentísimo remediar el estado precario de los oficiales, es peregrino empezar por reformar al soldado, que, en puridad de verdad, dentro de su condicion está tan bien ó mejor tratado que cualquier otro extranjero, con excepcion del inglés.

—Se me figura que he encontrado el punto flaco de su argumentacion; al parecer, V. es un materialista de tomo y lomo, y ya

veo que despues de tanta palabrería va V. à acabar por hacer coro à *El Correo Militar*: ya oigo *le mot de la fin*, el *delenda est Carthago*; hay que subir el sueldo à los oficiales.

—Pues claro que sí, mi General; claro es que hay que hacerlo en cuanto se pueda.

—Y dígame V., ¿vive el hombre de pan solamente? ¿Pues y la importancia que va à adquirir el elemento militar? Un oficial verá pasar bajo su férula al hijo del título, al futuro diputado, al literato y al profesor de mañana; y todos éstos se descubrirán con veneración y simpatía cuando divisen una simple estrella que les recuerde el año de su juventud, en que aprendieron el oficio sagrado de saber batirse por independencia de la pátria.

—Mi General, ni V., ni yo, ni nadie cree semejante cosa. Cuando en una compañía llegase à haber media docena de esas futuras eminencias, ya estaba divertido el capitán; lo menos malo que le sucederia seria salir cada domingo en el *Madrid Cómico* ó en *La Avispa*; gracias sí, no concediendo à esos señoritos cambiar de cuerpo, no se deshacian de un superior incómodo con un traslado ó un reemplazo. ¡Mire V., mi General, que en España los hombres políticos de importancia ni pagan el tren siquiera! ¡Si V. hubiera visto de cerca la Diputacion provincial de mi tierra en tiempo de quintas! Pero vamos à lo de materialista. Advierto à V. que en la misma Alemania, apesar de la consideracion que alli gozan los oficiales, esos voluntarios de un año dan más de un disgusto por el poco respeto, de que alardean en sitios públicos, cuando se trata de los escasos subalternos, cuya situacion financiera, baja extraccion ó educacion deficiente, constituye à sus ojos una inferioridad, que no compensa la graduacion militar.

En España se haría menos caso de las dos últimas circunstancias; pero lo que es la primera seria decisiva. Y V., que tan fuerte es en estadísticas, ¿me haría el obsequio de decirme cuántos de nuestros oficiales hay à descuento? Porque, no lo dude V., mi General, el escritor mas por lo alto y más romántico que yo conozco en la moderna literatura militar es *Colmar vonder Goltz*, y éste dice que para que un oficial tenga todos los requisitos, que el cargo exige, para hacerse respetar de propios y extraños, necesita una frescura de ánimo incompatible con los apuros pecuniarios; *el oficial*—añade—*ha de renunciar à las riquezas, ha de ser pobre como un raton, pero ha de estar bien alimentado; no ha de tener nada supérfluo, pero no ha*

de faltarle lo necesario. Y ahí tiene V. el motivo por el cual yo trueno, mejor dicho, tronaba (porque desde la discusión del Senado soy todo con V.) contra las reservas, que nunca veremos armadas, vestidas ni equipadas; y que, sin embargo, servirán de pretexto para sostener unos cuadros gigantescos comparados con nuestros recursos; y como la felicidad es la única cosa que crece à medida que aumenta el número de personas entre las cuales se reparte, deduzco yo que cuantos más oficiales haya, menores serán los sueldos que han de disfrutar.

—Dispéñseme V. que le diga que eso es una vulgaridad. Por supuesto que estoy al cabo de la calle; V. acaso preferirá un ejército pequeño, probablemente voluntario, mercenario...

—Cepos quedos, mi General; mercenarios lo serán los extranjeros, llamados quizá mañana à pelear contra su pàtria; más no merecen tal nombre los que, siguiendo una vocación, arriesgan su vida para ganar el sustento honradamente; V. y yo, por ejemplo, no somos mercenarios. En fin, ahora no se trata de eso, ni aun siquiera de lo que yo haría si ocupase el lugar de V.; probablemente haría alguna tontería. De lo que se trata es de averiguar lo que van ganando, individual ó colectivamente, los oficiales de nuestro ejército con unas reformas que nos alejan del ideal deseado; ó sea, de tener una oficialidad llena de satisfacción interior, nacida de un bienestar relativo y un trabajo constante y adecuado à la vocación, con la seguridad de que, así el bienestar como el trabajo serán permanentes, y no estarán à merced de nadie, sino de la voluntad de los interesados, dirigida al cumplimiento del deber; todo lo cual es imposible, cuando en un instituto, que necesita seis personas, se ponen doce ó quince. No pido privilegio de invención; pero niego rotundamente que con las reformas de V. se consiguiera otra cosa que agravar el mal presente, por cuyo motivo no debe V. extrañar que prefiera el *statu quo*; pues si alambicando, ó mejor aun, amputando el concepto de libertad, se quiere ver en el servicio universal obligatorio la reparación de una injusticia, ha de ser suprimiendo toda excepción, toda transacción entre lo actual y lo futuro.

—No le entiendo à V.; hace una hora que estamos hablando, y cada vez combate V. mis proyectos con mayor saña.

—Mi General, yo soy de los que no se creen infalibles, y lo que yo digo es lo que pensaba antes; pero ahora, después de aquellas reticencias del Senado, no me llega la camisa al cuerpo. Figúrese

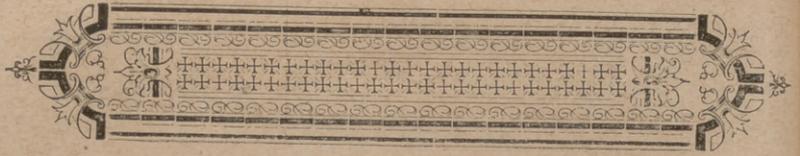
V. que por derecho de conquista tuviéramos á Boulanger de Virrey, ó cosa así: medrados estábamos. Nada, nada, adelante con los 300.000 hombres; nos hacen falta, y punto concluido. Sólo lo siento por lo que va á decir Pando y Valle en la próxima reunion agraria, olvidando que la primera necesidad es evitar que nos conquisten; despucs ya comeremos lo que podamos. Nadie se muere hasta que Dios quiere. Cuente usted con mi inutilidad, y muchas gracias por todo.

POR LA COPIA

G. A.

Diciembre de 1887.





CARTA

del R. P. Francisco de la Fuente al R. P. Rector
de Loyola Andres de Zupide, sobre la vida
y obras del R. P. Joseph Moret de la
Compañia de Jesús.

Pax Christi etc.

Miércoles doce del corriente á mediodía fué Nuestro Señor servido de llevar para sí, como esperamos, al Padre Joseph Moret, de 72 años y medio de edad, 58 de Compañia, y 43 de profeso de cuatro votos. La causa de su muerte fué una caida en su aposento, dando de cabeza en el suelo, y recibiendo en ella todo el golpe. Vinome á llamar luego su escribiente, y le hallè casi sin sentido; no obstante me dió señales bastantes para absolverle dos veces; y tercera vez hizo lo mismo otro Padre. Diósele la Extrema-Uncion en presencia de toda la comunidad; se le dijo la recomendacion del alma repetidas veces en las tres horas, que duró en su última agonía. No le cogió este repentino accidente al Padre Moret desprevenido; porque era singularísimo el cuidado que traia de su salvacion y aprovechamiento espiritual; y con gran pureza de conciencia se disponia, como para morir, para decir misa; y yendo ya á decirla con toda la preparacion y exa-

men, que acostumbraba su temerosa y pura conciencia, le cogió en tan religiosos deseos y santos pasos nada prevenido este repentino accidente; y se levantaba (aunque muy fatigado de la cabeza) y falto de fuerzas solo por fin de ofrecer este Santo Sacrificio, en el cual experimentaba tanto consuelo, que le oí decir los dias pasados, que no tenia en esta vida otro alivio ni alegria, sino es en decir Misa, y que sentia y experimentaba un aliento que sensiblemente le duraba todo el dia; y probal an bien estos fervorosos deseos de recibir á Nuestro Señor el no dejar dia ninguno de celebrar, con ser así que estos últimos meses tenia mucho que vencer por su debilidad y corta salud. Tomó pocos dias há unos jarábes y píldoras; y solo sentia en este remedio el que se privaba de mayor consuelo, hallándose en cama sin fuerzas para decir Misa, pero con bastantes para vestirse. Bajaba con manteo á la Iglesia á comulgar: daba siempre gracias en el coro, donde tambien á la tarde rezaba el rosario á nuestra Señora. En estos últimos meses, por la fatiga no podia estudiar; y en su aplicacion y laboriosidad fué la mayor mortificación, que tuvo en esta vida. Gastaba muchos ratos en la Iglesia visitando el Santisimo Sacramento, los altares y otras devociones, y en la leccion espiritual avisando Su Reverencia á quien se la leyese, siendo en esta distribucion exactisimo. En medio de esta debilidad siempre le parecia tenia bastantes fuerzas para el rezo divino; y así aunque le dispensaban ó conmutaban, no podia acabar con su tímida conciencia el quietarse con esta licencia. En la pobreza fué tan observante, que era no solo ejemplo sino confusion, verle cubierto de venerables canas venir á pedir la licencia para cualquier menudencia en particular, sin que jamás diese y recibiese cosa por mínima que fuese sin licencia expresa, ni tampoco á que despues de tener licencia para una alagilla nada preciosa, no le pareciese se habia explicado bastantemente, si no la mostraba al superior. Todas las ocupaciones que le encargó la obediencia las tomó á su cuenta con grande empeño y exaccion, y fueron muchas y muy variadas, por ser muy universales y de mucho esplendor sus prendas.

Leyó artes en este Colegio, y teología en Segovia y Oviedo. Fué nombrado Misionero castrense en las guerras de Portugal, en donde hizo mucho fruto, y padeció los trabajos y peligros manifiestos de la vida, que siguen á quien acompaña á los soldados en varios reencuentros. Acrecentole los peligros de la ocupacion su celo de las almas; porque es cierto que en varios choques, dejando el cuartel seguro, que se suele señalar á los capellanes, su celo le señalaba el de la vanguardia; porque allí decia que era donde morian los más, y donde necesitaban de más pronta asistencia, del cual puesto y lugar á mas retirado, no le podian llevar los moribundos, sino és solo los heridos y no de mucho peligro.

Gobernó el Colegio de Palencia y éste de Pamplona con celo y vigilancia, y siempre sirvió mucho con su talento de predicar, el cual no solo era bueno sino és singular en el peso de razones, ponderacion y energia.

Su última ocupacion fué el oficio de *Coronista de este Reino de Navarra*, enriqueciendo sus *Anales* con noticias y erudiciones muy singulares, ganadas no solo de su aplicacion á estas letras, sino és sacadas con mucha laboriosidad de los originales y archivos.

Dió á la imprenta el *Cerco de Fuenterrabia* en lengua latina, que sabía con elegancia y propiedad; en lengua vulgar las *Investigaciones* del tercer tomo de las *Congresiones*, (1) y cuarto el primero de los *Anales de Navarra*; concluyalos con el *segundo*, del cual, tiene yá mucho en limpio para la imprenta; lo demás en apuntaciones; y solo le faltaba lo que és obra de cinco meses. Los seglares han sentido mucho su muerte, y han explicado su sentimiento, asistiendo de todos estados gente muy lucida á darnos el pésame y á su entierro. Los Padres Dominicos

(1) Las *Investigaciones* no son parte de las *Congresiones*. Inútil es señalar á los lectores la oscuridad y mala redaccion de este párrafo, que conservamos tal cual vá escrito, por respeto al original. En nuestro concepto la redaccion de este párrafo es *in mente* del autor como sigue: «Dió á la imprenta, primero: *El Cerco de Fuenterrabia* en lengua latina, que sabía con elegancia; en lengua vulgar, segundo: las *Investigaciones*; tercero, el tercer tomo de las *Congresiones* y cuarto, el primero de los *Anales de Navarra etc.*»

asistieran todos, á no tener un *Acto mayor* este día; vieron muchos y el Superior cantó una de las lecciones; lo mismo hizo el Padre Prior de San Agustín; y asistieron así mismo muchos de su Comunidad. En el Colegio se ha sentido mucho esta muerte; porque era muy amable el trato del Padre Moret por su cortesía y afabilidad con todos; solo nos deja el consuelo muy fundado de que está gozando de Dios. Y por cumplir con mi obligación suplico á Vuestra Reverencia ordene se le hagan en su Santo Colegio los sufragios acostumbrados, como á difunto de esta Provincia; no olvidando á los que aquí quedamos. Nuestro Señor guarde á Vuestra Reverencia muchos años como deseo y se lo suplico. Pamplona Noviembre 13 de 1687.

Muy Siervo de V.^a R.^a

Jhs.

FRANCISCO DE LA FUENTE.

Es copia fiel sacada en 10 de Junio de 1885 por J. I. de A.—
S. D. de la que existe en el archivo de Loyola.





Bulas originales del siglo XIII

CONSERVADAS EN LOS ARCHIVOS DE

NABARRA.



Los archivos de Navarra han sido, hasta ahora, poco estudiados. Conservados en el Palacio de la Diputación foral, en Pamplona, están muy bien clasificados y un inventario detallado fué comenzado en el siglo XVIII por el sábio benedictino Liciniano Saez (1). Comprenden dos grandes divisiones: los Archivos de la Cámara de Comptos, que comprenden doscientos *cajones*, llenos de pergaminos, y más de quinientos registros de Comptos; y los archivos de las Córtes de Navarra que no comienzan sino en el siglo XVI*. Este rico depósito, uno de los más hermosos del Norte de España, contiene, sobre todo en lo concerniente á los siglos XIV y XV, una multitud de documentos preciosos para la historia de las costumbres y

(1) El inventario de Liciniano Saez, en 29 volúmenes manuscritos, no comprende más que los *Cajones* y los Cartularios del *Archivo de Comptos*.

Yanguas y Miranda ha ordenado el *Archivo de Córtes* y los documentos por él reunidos en la série de *Papeles sueltos*.

* Lo que se dice en el texto, debe entenderse restrictivamente, en cuanto á libros de actas de las Córtes (*Nota de la dir.*)

de las instituciones de Navarra. Los Archivos de la Cámara de Comptos han sido utilizados para las dos mejores obras que se han escrito acerca de Navarra, los *Anales* y las *Investigaciones* del Padre José Moret (1) y el *Diccionario de las Antigüedades* de Yánguas y Miranda (2). Queda mucho todavía por hacer, porque los Registros de Comptos, cuya série está completa para los siglos XIV y XV, no han sido aun estudiados*. Y es que, desgraciadamente, los Archivos de Navarra no están aun organizados para el trabajo de investigacion y no están abiertos al público. La Diputacion Provincial, que tiene conciencia del valor de los pergaminos del *Archivo de comptos* se muestra, bueno es decirlo, sumamente liberal. Hay que esperar que dentro de poco tiempo organizará el servicio de sus Archivos y facilitará á los aficionados la disposicion de los numerosos documentos que en ellos se conservan.

La Cámara de Comptos de Navarra data del siglo XIV solamente; pero desde una época antigua, sus Archivos encerraban documentos anteriores á su organizacion definitiva. Los seis primeros cajones comprenden documentos anteriores al año 1328. Muchos de ellos no guardan relacion con la hacienda del Reino, y un gran número, tal como contratos matrimoniales, testamentos etc. parecen provenir del antiguo tesoro de las Cartas de los reyes de Navarra, cuyos restos se conservan actualmente en Pau, en los Archivos de los Bajos-Pirineos. Entre esos documentos se encuentra cierto número de Bulas pontificales del siglo XII al XIV. Estos documentos originales han sido, en parte, señalados, sea por el Padre Moret, sea por D. José Yanguas; pero permanecen aun inéditos. Vários me han parecido bastante interesantes para ser publicados, porque completan en ciertos puntos documentos ya utilizados para la historia de los reyes de Navarra.

(1) *Anales de Navarra*, por el P. Joseph Moret (Pamplona 1648-1715) 5 vol. in-fol.

(2) *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*. (Pamplona 1840, 3 vol. in-4º. y suplemento).

* En números posteriores daremos á conocer, Dios mediante, muchísimos datos que tenemos reunidos, sacados de los libros de Comptos. (*Nota de la dir.*)

El Catálogo de las Bulas conservadas en Pamplona, no obstante el pequeño número de esos documentos, puede contribuir, dentro de ciertos límites, á los estudios emprendidos durante estos últimos años acerca de los actos de los Soberanos Pontífices. El mayor número de las Bulas que hoy publicamos no figura, efectivamente, en los Registros de los Papas, conservados en los Archivos del Vaticano.

Estas letras pontificias dirigidas á los Reyes de Navarra por los Papas del siglo XIII vienen á completar los informes que poseemos tocante á las relaciones de la Santa Sede con los Condes de Champaña. Esta historia habia ya proporcionado la materia de un capítulo interesante á la *Historia de los Condes de Champaña* de Mr. d'Arbois de Jubainville (1): queda por hacer la que concierne particularmente al Reino de Navarra. La intervencion del Papa en los negocios interiores de Navarra es frecuente durante los reinados de los dos Teobaldos de Champaña; pero este estudio toca á demasiadas materias diversas para que pensemos en entenderlo en una simple noticia. Quisieramos resumir brevemente los principales acontecimientos á los cuales aluden los documentos que publicamos, para colocarlos en su verdadero lugar y mostrar cuál es su valor histórico.

Los diez primeros documentos son anteriores al entronizamiento de la casa de Champaña en Navarra. Estas Bulas son relativas, ya á tierras de la Iglesia ó de personas eclesiásticas, ya á las relaciones de los reyes de Navarra con los Moros de España. Las Bulas de Celestino III, de 1194 á 1196, podrán figurar en la nueva edicion de las *Regesta pontificum Romanorum* de Jaffé, y completan las

(1) *Historia de los duques y de los condes de Champaña*. t. IV en dos partes (París, 1865, in-8°). Los tomos V y VI contienen un Catálogo de los documentos de los condes de Champaña, desde el advenimiento de Teobaldo III hasta el de Felipe el Hermoso.

investigaciones acerca de las letras de este pontífice, hechas por Mr. Loewenfeld en Francia (1) y por Mr. Pflugk-Hartung en Italia (2). Uno de estos documentos, publicado en el tomo 4 de *La España Sagrada* no figura en Jaffé; doy un análisis. Sucede lo propio con la Bula de Honorio III en favor del prior de Tudela (documento IX) que no está indicada por Pottahast. Se notará en la Bula de Celestino III el título de «*dux Navarrorum*» dado por el Papa, al Rey Sancho el Sábio. El año 1257 es cuando el papa Alejandro IV proclamó, definitivamente, el título de Rey de Navarra en favor de Teobaldo II, ordenando á los obispos de Navarra que lo consagrasen y coronasen (3). Los soberanos de Navarra estaban en posesion del título de Rey desde hacía cerca de dos siglos* en la época en que Celestino III escribía al Rey D. Sancho.

Las dos Bulas de Inocencio III son relativas á asuntos particulares. La primera se ocupa de un canónigo de San Cernin de Tolosa, que habia abandonado esa iglesia para venir á ocupar el curato de Artajona: el Papa pide al Rey Sancho que preste su concurso á los prelados á quienes habia encomendado aquel negocio, los cuales debian de obligar á Bernardo de *Montevaldrano* á volver á Tolosa. La segunda se refiere á la destruccion del Hospital de San Miguel, situado en uno de los cuatro barrios de Pamplona. Los cuatro barrios estaban en guerra continua y se ligaban, á menudo, entre si, para destruir á uno de ellos rival; es probable que el Hospital de San Miguel habria sido víctima de esas luchas intestinas, ya sea que

(1) S. Loewenfeld, *Epistolae pontificum Romanorum ineditae*. Lipsiae, 1885, in-8°.

(2) J. v. Pflugk-Hartung, *Actae pontificum Romanorum ineditae*. Tübingen, 1881-1886. 3 vol. in-4°. únicos publicados.

(3) Raynaldi, *Anales eclesiásticos*, año 1257, n. LVII (ed Mansi, t. III, pág. 15).

* Si se encuentra exagerada la opinion clásica de los historiadores del país que remontan el origen de la Monarquía nabarra al año 716, no por eso se puede admitir la afirmación del texto que peca por exageracion contraria: el historiador árabe An-Nuwiri hace mención de un D. Garcia que reinaba en Pamplona y fué muerto combatiendo contra el Amir de Córdoba en 843. (Nota de la dir).

los burgueses lo destruyesen, ya que el Rey ejecutase un castigo contra los rebeldes.

Honorio III, por la Bula que publicamos, confirma al Rey de Nabarra en la posesión de varias villas, ganadas á los Moros. Estos acababan de ser completamente derrotados por las fuerzas combinadas de los Reyes de Castilla, de Aragon y de Nabarra en la célebre batalla de las NavasTolosa. Sabido es que las cadenas que figuran en las armas de Nabarra son las que el Rey Sancho conquistó en el campo de los Sarracenos. Fragmentos de ellas, cuya perfecta autenticidad es imposible garantizar, se conservan aun en el claustro de la Catedral de Pamplona, en los Archivos de las Córtes y en otros parajes del Reino.

CONTINUARÁ

LEON CADIER

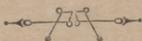
(Miembro de la Escuela francesa de Arqueología.)





LAS PALABRAS BASCONGADAS

ill, illargi, illun etc.



La palabra *ill* ó *il*, en bascuence, significa «muerto» y «matado», de igual suerte que *izan* significa «sido» ó «tenido» y *sortu* «nacido» ó «concebido». En ese doble sentido, *ill* se confunde y parece no ser sino *ill* «apagado». Esta palabra, además, significa «oscuro, sombrío» en *illun*, puesto que el final *un* ó *dun* «que lo ha», indica posesion, como en *xaldun* «caballero» de *xaldi* «caballero»; *euskaldun* «bascongado» de *euskara* «lengua bascongada»; *berun* «plomo» de *bera* «blando»; *egun* «dia» de *ekhi* (1) «sol» etc.—Las ideas de «muerto, matado, oscuro» ofrecen gran relacion entre sí, y parece que el sentido original ha sido el último.—La luna tambien ha sido calificada de «oscura», en relacion al sol; y si ese satélite se llama ahora *illarqi*, *ilhargi*, *ilaski*, *argizagi*, *goiko* etc. segun los dialectos, y no *ill* sencillamente, procede

(1) El radical *ek*, de *ekhi*, se encuentra en el kotto *éga* ó *egá* que significa «sol». Esta lengua no—altaica, aunque aglutinante, forma con el ostiaco jenisseyano una cepa independiente.

de que se ha querido establecer una distincion entre *ill* «més» è *ill* «luna», distincion de la cual prescinde un gran número de lenguas, sobre todo de las aglutinantes, que emplean un mismo vocablo en los dos sentidos, como se sirven de la misma denominacion para «sol» y «dia». Nos limitaremos á citar, sin salir de nuestra Europa, las lenguas urálicas siguientes: las lenguas urálicas, decimos, que aunque perteneciendo, como familia distinta, á la cepa altaica á la cual el bascuence ciertamente no pertenece, son, sin embargo, en nuestro concepto, de todas las lenguas del globo las que un poco menos enormemente se alejan del euskara. *Finnés*: «luna, més» *kun*; «sol, dia» *päivä*; *Esthoniano*, *ku*, *päär*; *livoniano*: *ku*, *päva*; *lapon de Suecia*: *mano*, *peive*; *tchérémissé*: *tilze*, *ketshä*; *morduin*: *kov*, *tshi*; *vojul*: *jonkep*, *chotel*; *ostiaco*: *tédles*, *katl*. Para «luna» y «més» solamente: *krévinge*: *kû*; *pérmico*: *tövisj*. Para «sol» y «dia» solamente: *lapon de Noruega*: *bæiwe*; *húngaro* *nap*. El vociaco *tolex* «luna», debe significar probablemente tambien «més».

En cuanto al bascuence, tiene la costumbre en algunas de sus variedades, de emplear, en el sentido de «luna» la palabra que en otras localidades significa «claro de luna». ¿No hemos oido á aldeanos del centro de Bizcaya llamar *iretargi* (propiamente «claro de luna») á la luna misma? y en Bardos, no llaman á este astro *argizaita*, y *argizaité* en Saint-Palais? Esta confusion obliga, en efecto, á servirse del compuesto *argizaité-churi* «blanco de luna», cuando se quiere distinguir entre la causa y el efecto.

El análisis de *illargi* ó *ilhargi* prueba superabundantemente: 1.º Que esta palabra que ahora no significa más que «luna», significaba antes «claro de luna» (ahora *ilhargichuri*) puesto que *argi* es «luz». 2.º Que *ill* que ahora no significa más que «més», ha significado anteriormente «luna» exclusivamente, puesto que ésta existia antes que los meses; y que despues esa palabra ha significado «més» y «luna» al mismo tiempo, como acontece en las lenguas urálicas, eslavas etc. Concluiremos haciéndolo observar que se debe haber comenzado á emplear *ill*

exclusivamente para «més» cuando, no contando éste último por lunaciones, se estimó, ya que no necesario, por lo menos, útil, distinguirlo de «luna»; y, para convencer á los más iucrédulos les recordaremos que *ilberri*, de *il* antes «buna» y de *berri* «nuevo», continúa significando «nueva luna» en bascuence moderno; lo mismo que *ilena* «el de luna», y no *ilargiena* significa, en bizcaíno central actual «el lûnes», cuyo sentido es «dies lunæ y de ninguna suerte «dies mensis».

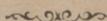
L. L. BONAPARTE.





ESTUDIOS FOLKLÓRICOS

REFRANES EUSKAROS.



(CONCLUSION)

Es achaque de los más ver los defectos ajenos y no los propios: *la caldera se mofa de la marmita porque tiene el fondo negro.*

Galdariak topiñari disantza ipar baltz.

¡Qué bien moteja á los pródigos el refrán!

Gauzia dagoenian, pompon, eta ezdagoenian egon.

Que no es oro todo lo que reluce saben en Castilla, y no lo ignoran en Vizcaya.

Ezda urria argi egiten dabean guztia.

No es superior el magnate que tiene veinte abuelos al infeliz expósito que no sabe el nombre de su padre; pues *tò los hemos nacido desnudos.*

Guztiok gera jaisuak billosik.

Aquellos polvos trajeron estos todos dicen allende el Ebro, y poco más ó menos lo mismo dicen aquiende.

Udan bidian egiten dan autza, neguan basa biurtzenda.

El hombre de más mérito es el que estando rodeado de gentes corrompidas no llega á contaminarse.

Ustelarteko zintzua biardan izan eselsidua.

Gran verdad ha sido siempre que *á muertos y á idos no hay amigos.*

Illak eta juanak, astuta gelditzendira geisenak

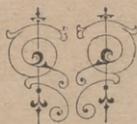
Por no hacer mas pesado este trabajo, me limito á apuntar á continuacion algunos refranes más, dejando al lector indulgente el cuidado de traducirlos y comentarlos á su gusto.

Chakor andiak sarri, bakarrík aginak erakutzi alkarrí.

Geldika geldika atrapauko zaitu gurdí zarrak.

Ez naizu a tu chorisak mozolua legez.
 Ipuñak eta amesak, dira umen eta zoruen gauzak.
 Zoruak illten bazaitu, eruak biztuko ezaitu.
 Goruari ardalzagas eta soluari achurragas.
 Chomiñek dauka dendia sagar ustelez betia.
 Asko eta ondo, usuak egaa.
 Urak ekarri eta suak eruan
 Alan gauzia egitia, da galbayagas ura ekartia.
 Askoren poza pozuen, amesak oidiran moduen.
 Zelemiñe zeledon, artu bay eta ez emon.
 Nun il'go gera, ara juando gera.
 Urak emetik edo andik bidia egingo danaldaben iskutik.
 Idisari adarreti eta gizonari berbati.
 Pagüe edo palagüe da zorrari erantzuteko modue.
 Jarrileku bigune, ezda guztientzako egiñe.
 Bostbiden bost, beti ogeta bost.
 Andi eta chiki, geisenak gura dogu bizi.
 Echian nørzeindan, ezkatzeko laratzak daki.
 Dazoni ill bistuè, urrik inork emonezin dakua.
 Garjaren loriak kenduko deusuz azkordiñak.
 Idijak oiñotz biarrian, burdijak aren atzian.
 Ganorabakuen echian, goiseko saldia arratsian.
 Chichia nintzan, andia nintzan, Abuztuan buruan nintzan.
 Arotzen echian zotzezko eskillarak

VICENTE DE ARANA.





Crónica local.

Es ya seguro que la Sociedad *El Sitio* tendrá casa propia, pues de los tres millones que para construirla se necesitan han aportado ya dos los señores socios, y en breve reunirán también el otro. Hace algunos días celebraron una concurrida y animada Junta en la que se nombró una comisión compuesta de diez y seis individuos, encargada de llevar á cabo lo proyectado. No hay necesidad de decir que en la Junta, presidida con mucho tacto y acierto por el Sr. D. Antonino de Sagarminaga, reinó unidad de miras, y un gran entusiasmo. El famoso cabo *Chantilly* vá por fin á ver realizado su sueño de oro.



Han empezado los conciertos de música clásica que durante esta parte del año suelen celebrarse en nuestra villa: escuchando las sublimes creaciones de Mendelssohn y de Beethoven, de Mozart y de Arriaga, admirablemente interpretadas por nuestros notables artistas, olvidemos, siquiera sea momentáneamente, que nos hallamos en este misero y aborrecido planeta, y que somos contemporáneos del Ostion y de Romero Robledo.



Estos días se habla bastante de *fiestas euskaras*, á propósito de las que gracias á la iniciativa de nuestro querido, entusiasta é infatigable Director se celebrarán en la histórica villa de Guernica los días 8, 9 y 10 de Setiembre próximo.

No estará de más el decir aquí dos palabras acerca de la historia de esas hermosas fiestas, dignas por todos conceptos de nuestro pueblo, y del siglo en que vivimos. ¡Ojalá contribuyan á acabar con la afición al bárbaro, sangriento y repugnante espectáculo de las corridas de toros, en mal hora importado de allende el Ebro, como tantas otras cosas que no nos hacían maldita la falta!

Las *fiestas euskaras* fueron fundadas en el país vasco-francés hace ya 36 años por el ilustre sábio y benemérito patriota Mr. Antoine D'Abbadie, astrónomo, geógrafo y filólogo eminente.

Desde la época de su fundación las fiestas venían celebrándose anualmente en localidades de la región euskara de Francia, sin que á este lado del Bidasoa se pensara en imitarlas hasta hace cinco años. Pero en 1883, gracias á la cordialísima amistad que existía entre Mr. d'Abbadie y nuestro querido Director D. Vicente de Arana, las fiestas euskaras correspondientes á aquel año se celebraron en nuestra hermosa villa de Mar-

quina, con tan brillante éxito, que Mr. d' Abbadie declaró en un diario de gran circulación que las fiestas de Marquina habían sido las mejores que desde la fundación de las *fiestas euskaras* había presenciado.

El éxito obtenido animó al Sr. de Arana á trabajar porque tan cultas y bellas fiestas se convirtiesen en una institución del país; gracias á su iniciativa se celebraron en 1886 las inolvidables fiestas de Durango, y van á celebrarse este año en Guernica otras que no serán menos brillantes ni menos dignas de eterna memoria.

Mientras Dios dé al Sr. de Arana salud y fuerzas espera conseguir que no pase año alguno sin que en Vizcaya se celebren *fiestas euskaras*, y cree que cuando abandone este triste mundo sus paisanos seguirán celebrándolas, porque para entonces se habrán convencido de su bondad y trascendencia.



Para disponer y organizar las fiestas de Guernica, se celebró en la casa consistorial de aquella villa una reunión preparatoria el día 4 del corriente, bajo la Presidencia del digno y celoso alcalde de aquella, D. Diego de Anitua. La comisión organizadora estuvo representada, además del alcalde-presidente, por siete caballeros de Guernica, tres de Bilbao, y uno de Durango.

Los de Guernica eran D. Lucas de Altule, D. Anselmo de Arana, D. Teodoro de Arana, D. Julio de Aróstegui, D. Valentin de Echarro, D. Tiburcio de Obieta, y D. Eugenio de Zameza. El Sr. D. Juan Manuel de Musatadi, teniente de alcalde, que también pertenece á la comisión, no pudo asistir por hallarse indispuerto.

Los de Bilbao eran, además del iniciador D. Vicente de Arana, los Sres. D. Camilo de Villavaso, y D. Julio Enciso. Habían excusado su existencia por diversas causas los señores Sagarrinaga, Trueba, Delmas, Valle (D. Aureliano), y algún otro.

El de Durango era D. Jose M.^a de Ampuero, presidente que fue de la comisión de las fiestas de 1886.

Asistió también el tan modesto como distinguido secretario del Ayuntamiento, señor Iturbe.

Se acordó que las fiestas se celebrasen los días 8, 9 y 10 del próximo Setiembre, y que en ellas hubiese fiesta religiosa, certámen literario y artístico, y concursos populares de orfeones, versolaris, tamborileros, dulzaineros, ezpataantzaris, aurrekularis, pelotaris y velocipedistas. Los Sres. Villavaso, Enciso y Arana fueron encargados de redactar el programa del certámen.

Deseaban todos dar la importancia que merece al certámen de pintura; pero en la imposibilidad de ofrecer un premio bastante considerable para animar á los artistas á hacer un gran cuadro histórico, se pensó en que el arte pictórico no figurase en el programa, puesto que no había medios de hacerle figurar en él de un modo decoroso; pero á propuesta del Sr. de Arana se acordó suplicar á la Excm. Diputación conceda un premio extraordinario de diez mil pesetas á un gran cuadro de asunto histórico del país, en cumplimiento de lo acordado en las Juntas generales de 1875.

Segun toda probabilidad, la comisión organizadora se reunirá de nuevo en la villa de Guernica y Luno el domingo 18 del actual para aprobar el programa definitivo y adoptar varias disposiciones de interés para el buen éxito de las fiestas.



Antes de dejar el asunto de las *fiestas euskaras*, voy á permitirme apuntar una idea que tal vez merezca ser tomada en consideracion.

Convertidas ya al parecer dichas fiestas en una institucion del pais, creo urge establecer aquí un *Consistorio de fiestas euskaras* semejante al que hace ya algunos años existe en la bella Donostia.

Paréceme que la iniciativa debe partir de la celosa Diputacion Provincial. Dicha corporacion debe nombrar los individuos que compondrán el consistorio. Esos individuos podrian ser veinticuatro; esto es: doce de Bilbao, y tres de cada uno de los pueblos de Vizcaya en que se han celebrado ó se piensan celebrar *fiestas euskaras*. Dichos pueblos son: las villas de Guernica, Durango y Marquina y la república de Abando. Yo añadiría á estos Balmaseda, pues el que ya no se hable el bascuence en las Encartaciones, no me parece razon suficiente para privar de tan hermosas fiestas á aquella nobilísima comarca.



Dos cosas que me han hecho gracia he oido en una conocida sastrería de nuestra villa. Ponderaba el sastre el precio incalculable del amor de una hermana, y decia:

—Es muy útil al hombre el amor de una hermana.

Y dijo un parroquiano socarron:

—Sobre todo si es hermana de otro hombre.

El mismo parroquiano, que no tiene pelo de tonto, pues es calvo, preguntó al sastre cuanto le costarian los pantalones que le tenían encargados.

—Diez duros nada más,—dijo el maestro.—Y apropósito ¿De que forma quiere V. que se hagan los bolsillos?

—De ninguna forma, pues no necesitaré bolsillos despues de haber pagado los pantalones.



Una anecdotilla para terminar.

Una dama, ya muy madura, y aficionadísima á las novelas de Dumas padre estaba enamorada de un jovenzuelo, y hablaba de él con el mayor entusiasmo.

—¡Es tan hermoso, tan valiente y tan discreto! Parece uno de los *tres mosqueteros*.

—Si señora;—dijo un guason.—El es uno de los *tres mosqueteros* y V. es *Veinte años despues*.

JOCUNDO DE GATIKA.



ZO

que

le-

ste

po-

po-

iz-

las

stos

rece

lla.

stre

que

los

ena-

años

REVISTA DE VIZCAYA.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atencion al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN TODA ESPAÑA.	ULTRAMAR Y EXTRANJERO.
Tres meses. . . . 3 pesetas	Tres meses. . . . 5 pesetas
Un año 10 »	Un año 15 »

Número suelto, 75 cènts. de peseta.

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

EN PARIS.

Librería de Mr. Albert Savine—18—Rue Drouot.

